

ESPACIO RELIGIOSO Y CULTURA MATERIAL EN *ELO* (SS. IV-VII dC)

Juan Carlos Márquez Villora – Antonio M. Poveda Navarro
Universidad de Alicante

La existencia de una entidad urbana del interior del Valle del Vinalopó, *Elo*, situada a 34 km de distancia de *Ilici* y a 115 km de *Carthago Nova*, los principales centros urbanos del sudeste por donde penetró el cristianismo primitivo, nos ilustra de la pronta introducción de elementos cristianos entre ciertos miembros de la sociedad de aquella antigua *ciuitas* hispanorromana.

A pesar de carecer de una prueba epigráfica, ha podido ser ubicada en el yacimiento arqueológico de El Monastil, a escasamente 1 km al norte del actual casco urbano de la ciudad de Elda. Los argumentos empleados racionalmente para defender con rigor científico esa localización son de tipo toponímico, junto a otros obtenidos de textos donde se recogen los centros habitados a lo largo de los itinerarios romanos y altomedievales, de las actas conciliares de Toledo donde aparecen las firmas de los representantes episcopales visigodos, e incluso de la información deducida a partir de los hallazgos arqueológicos en ese yacimiento y en los de su proximidad que muestran dependencia del mismo (Sempere, 1933, s/n; Mateu i Llopis, 1956, p. 31-39; Llobregat, 1973, p. 46-51, 1977a, p. 94-97, 1980, p. 177-178; Poveda Navarro, 1988a, 1988b, p. 20-28, 1991a, p. 611-626, 1996, p. 415-426).

Hay indicios de la existencia de cristianos en *Elo* y su territorio a finales del primer tercio del siglo IV dC. Aparentemente esto es lo que se desprende del hallazgo de varios sarcófagos paleocristianos. En primer lugar, y con esa datación, se recuperó parte de la tapa de un sarcófago cristiano decorada con relieves del ciclo de Jonás (Llobregat, 1981, s/n; Poveda, 1988a, p. 125-128, 1988b, p. 24, 1990, p. 259-278; Sotomayor, 1988, p. 175-179) que apareció reutilizada en el castillo de Elda, localizado a menos de 1 km de distancia

de El Monastil, aguas abajo del río Vinalopó. El sarcófago es de taller romano, elaborado sobre mármol de Carrara. De la misma procedencia es un fragmento de otro posible sarcófago hallado en El Monastil, cuya única ornamentación conservada es parte del lado derecho, en el que se observa algo del cuerpo, la cadera y la extremidad inferior derecha de un Eros, que seguramente está sujetando el flanco izquierdo (según la perspectiva del observador) de la *tabella inscriptionis*.¹ Contamos, también, con dos fragmentos de un tercer sarcófago, donde se aprecian personajes togados (Navarro, 1991, p. 38); igualmente aparecieron reutilizados, en este caso en el castillo de Petrer, situado a escasamente un kilómetro de *Elo* y junto a un solar donde existió una lujosa villa romana (Poveda, 1991b), que conoció una fase de gran riqueza, durante los siglos IV y V dC, cuando se dotó de termas con mosaicos, momento en el que pudo llegar el sarcófago que luego fue reutilizado en la fortaleza medieval. Por último, aunque algo más distante, se localizó parte de la tapadera (zona horizontal y lisa) de un nuevo sarcófago² de mármol blanco de Carrara. En este caso, el hallazgo fue en una villa romana, denominada La Torre (Sax), que estuvo activa desde época augustea hasta el siglo V dC, y se ubica a 9 km de *Elo*.

Así pues, en una pequeña extensión territorial dominada por la presencia de esa modesta ciudad romana, se concentran dos sarcófagos paleocristianos y otros dos posibles. La llegada de dichas pie-

1. Pieza inédita conservada en el Museo Arqueológico Municipal de Elda.

2. Pieza inédita conservada en la Colección Museográfica Municipal de Sax.

zas a esta zona, nos podría indicar la existencia de un buen número de miembros pertenecientes a la comunidad cristiana, existente ya en el siglo IV. Es notable la presencia entre ellos de algunos personajes que sobresalen por su poder económico, gracias al cual se pueden permitir acceder a sepulcros tan costosos, verdaderos objetos de arte paleocristiano importados de los talleres escultóricos de Roma y Ostia.

De todos modos, no podemos olvidar que dichos sarcófagos están ornamentados profusamente con escenas y motivos bíblicos, dado que es la moda decorativa impuesta y difundida desde Roma, y que, por tanto, aquel adinerado romano que podía adquirir uno de esos excepcionales sepulcros encontraría en el mercado una oferta monotemática, en la que, aunque aparecen todavía motivos paganos, estará basada exclusivamente en iconografía y escenas de clara simbología cristiana. Pero también hay que tener en cuenta que desde el edicto de Constantino, del año 313 dC, la religión de su dinastía y del estado era la cristiana; por tanto, los miembros de las elites urbanas y de las aristocracias terratenientes del Imperio Romano abrazarían rápidamente dicha religión a imitación del emperador, y qué mejor forma de hacer gala de su pertenencia a la misma que enterrarse en

uno de los primeros sarcófagos romano-cristianos de la época.

Obviamente, las elites provinciales necesitaron pronto cubrir sus necesidades del novedoso culto, para lo que tuvo que disponer de una infraestructura arquitectónica donde satisfacer adecuadamente dichas exigencias. Como es lógico y habitual, los lugares donde se levantan edificios destinados a ese fin son los urbanos que, a partir del siglo IV, pero sobre todo del V, conocen la cristianización de su topografía, aunque también surgen iglesias rurales originadas en torno a ciertos *martyria*. Ambos procesos se han podido identificar en El Monastil y sus alrededores más inmediatos.

En la cima de la colina sobre la que se asienta la urbe de El Monastil, en una pequeña explanada ubicada al oeste de la trama urbana, se localizan los restos muy arrasados de un pequeño edificio cuya planta (fig. 1) es de tendencia rectangular, al menos en la parte de su cabecera, en la que se aprecian indicios de ser tripartita y de la que surge un ábside (Poveda, 1988b, p. 24-28, 1991a, p. 613, 624, lám. 2a; Reynolds, 1993, p. 76, fig. 74). Las características de la construcción y ciertos elementos arquitectónicos identificados en su proximidad, permiten defender para la estructura una función religiosa. Además, se pueden diferenciar en ella al



Figura 1. Planta con los restos del edificio que muestra un ábside de herradura, según se conserva en el año 1984.

menos dos fases edilicias, pues sobre muros fabricados en rudimentario paramento, de sillarejos y guijarros trabados en seco, se superpone otro tipo de paramento de composición y factura parecidas, pero con argamasa de cal para coger los elementos pétreos. La primera estructura, la subyacente y más antigua, no parece que dispusiera del ábside, pues éste presenta argamasa y un refuerzo exterior con bloques de piedra de grandes dimensiones que nada tienen que ver con aquélla. Si tenemos en cuenta que el semicírculo absidal tiene un desarrollo en planta de tendencia a describir forma de herradura, típica a partir del siglo VI dC, la construcción primitiva es anterior a tal datación. Por otra parte, la pequeña ciudad romana que ocupa el solar de El Monastil tuvo una evolución de su actividad poblacional bastante fluctuante y que hemos podido seguir y documentar (Poveda, 1988a, 1996). De modo que desde el último tercio del siglo I y durante todo el II dC, el hábitat languidece profundamente hasta que, en la primera mitad del siglo III, parece estar prácticamente deshabitado. A partir del final del primer tercio del siglo IV, se observa una fuerte reactivación o recuperación de la vida en el lugar, momento en el que después de un *hiatus* de habitación en la parte elevada o acrópolis de la ciudad, que desde la fase augustea estaba deshabitada, se asiste a un reasentamiento de la población en dicha zona. Por tanto, el mencionado edificio religioso debió de construirse desde el segundo tercio del siglo IV en adelante, pero con anterioridad al siglo VI.

En resumen, en la parte más alta y hegemónica donde se configura una pequeña meseta, surge un pequeño edificio de culto entre mediados del siglo IV y el siglo V dC, fechas que son bastante verosímiles si tenemos en cuenta que en la vecina *Ilici* existía tempranamente una importante comunidad cristiana que, hacia finales del primer cuarto del siglo IV dC, ya parece disponer de un aula o iglesia, y que en la misma zona de *Elo* comienzan a aparecer pruebas del proceso de cristianización (según algunos de los sarcófagos) desde momentos muy tempranos, como hemos visto desde el primer tercio de esa misma centuria. Por otro lado, la abundante cultura material perteneciente a los siglos IV y V, formada fundamentalmente por cerámicas locales e importadas de la Bética, de la Narbonense, del norte de África y del Mediterráneo oriental (Reynolds, 1993; Poveda, 1992-1993, 1996) ayuda a fundamentar la gran recuperación demográfica y comercial producida en la *ciuitas elotana*, circunstancia que bien pudo auspiciar un ambiente económico y cultural proclive para la edificación de una primitiva iglesia.

Del mismo modo, esta vez por el impulso de algún aristócrata terrateniente, surge una villa romana (Casa Colorá) a 400 m al oeste del yacimiento de El Monastil, en una pequeña elevación del terreno situada junto a la vía que desciende desde aquél, que tiene su máximo esplendor entre los siglos V y VI dC (Rosselló, 1990, p. 60-61; Poveda, 1992-1993, p. 183), y en la que después de una destrucción incontrolada de las estructuras del lugar, se pudo exhumar y documentar un ábside orientado al este en cuyo interior yacía una persona adulta, que fue enterrada en una tumba construida con grandes ladrillos y tégulas, cogido todo el conjunto con cal. Además, en los aledaños externos del ábside se identificaron otras dos tumbas, pequeñas y expoliadas de antiguo. Pensamos que este hallazgo fortuito nos indica la existencia de un mausoleo, o más bien de un *martyrium*, donde, a partir de la inhumación de un posible santón o una persona distinguida en la práctica del culto cristiano, se inició y desarrolló un área de culto rural a la que se asociaría otra de enterramiento, conjunto bien datado en el siglo V, aunque perduró hasta, al menos, el VI dC.

Los dos edificios de culto, el urbano de lo alto de El Monastil, y el suburbano de la finca rural de la Casa Colorá, caracterizan e ilustran el modelo de construcciones arquitectónicas religiosas que estuvieron en uso hasta entrar en el siglo VI. En esa centuria se produjeron importantes modificaciones urbanas y de redistribución del hábitat. En el primer caso, destaca la creación de un nuevo tramo fortificado en cuyo sector oriental presenta una puerta acodada con un saliente o torreón que la defiende, y la remodelación del área y las estructuras de la zona dedicada al culto, que ahora acogerá algunos enterramientos privilegiados. En el segundo, se trata de un desplazamiento de la zona de habitación hacia las terrazas más bajas de la *ciuitas*, que parece restringir la parte alta para uso exclusivo del edificio que se va a convertir en basílica perteneciente a la sede episcopal de *Elo*, creada hacia el año 590 por los visigodos de Recaredo en su avance hacia el sureste, con la finalidad de expulsar a los bizantinos (Poveda, en prensa).

Si bien parece que éstos pudieron ocupar *Elo* durante un corto espacio de tiempo, entre los años iniciales de su presencia en *Hispania*, 552-555 y el 590, no han quedado huellas indudables que indiquen que ejecutasen ningún tipo de remodelación urbana o arquitectónica, salvo que la nueva fortificación, que de momento debe datarse entre el siglo V y el VI, pudiera obedecer a la llegada de los imperiales, consiguiendo directa o indirectamente que

la ciudad se fortificase, por tanto, a partir de mediados del siglo VI. De modo, que la fuerte reestructuración del edificio eclesiástico debe relacionarse con la presencia visigoda de la última década de dicho siglo.

La primera gran novedad es que en la parte oriental del mencionado edificio se incorpora un ábside ultrasemicircular, cuya planta en forma de herradura (fig. 1) se asemeja a los ábsides de las iglesias o basílicas de *Valentia* y de *Tarraco*, que se fechan hacia mediados del VI o en su segunda parte (Escrivá, Rosselló, Soriano, 1987-1988, p. 336, fig. 2; Soriano, 1990, p. 22-26; AA.VV., TED'A, 1990, p. 205-217; Godoy, 1995, p. 191-202).

La aparición de seis fragmentos de celosías o canceles calados (fig. 5) (Poveda, 1988a, 134a, 1988b, 27, 1991a, 613, 624, lám. 2c; Reynolds, 1993, 76, fig. 75) junto a la zona exterior del ábside, se puede relacionar en algún caso con una posible ventana en la pared del fondo del mismo, al menos a ella podrían pertenecer la base de columna de parteluz y el fragmento de arco del que se irradian los arranques de otros elementos decorativos. Las demás piezas parecen corresponder a un cancel calado con motivos de enrejado de losanjes, de círculos secantes e incluso, quizás, un fragmento pueda pertenecer al cuerpo de una paloma. La técnica del labrado de la piedra y su morfología les aproximan a los canceles calados aparecidos en la basílica urbana de *Ilici*, ya citados, y en la rural de Algezares (Ramallo, 1986, p. 135-137; González, 1997), que datarían del momento en el que ambas son tomadas por los visigodos, a finales del primer cuarto del siglo VII dC. Sin embargo, los hallados en *Elo* deben datarse a finales del VI.

Poco sabemos de los diversos elementos arquitectónicos que debía poseer la basílica, aunque existen algunas evidencias de su presencia. Por una parte, tenemos tres fragmentos de mármol (fig. 4) de Paros o del área del Egeo, que formaban parte de un ara o mesa de altar polilobulada, con lóbulos semicirculares (Llobregat, 1977b, s/n, 1978, 25, 1985, 390 y fig. 1; Poveda, 1988a, 133, fig. 58a, 1988b, 26, 1991a, 613, 624, lám. 2b; Márquez, 1994-1995), que se identifica con la variante denominada de herradura, tipo B de Chalkia; es una típica mesa polilobulada de talleres del Mediterráneo oriental, que tiene su mejor paralelo formal en un ara de mármol blanco hallada en una basílica de Cranion (Grecia), y conservada en el Museo de Corinto. Esta clase de mesa es la que se ha considerado paradigma clásico del tipo, que tiene una datación aproximada hacia finales del siglo VI dC (Chalkia, 1991, p. 38 y 160-161, fig. 10, Gr. 2, n.º

1380) que, por otro lado, es la fecha que propusiera anteriormente uno de nosotros (Poveda, 1991, p. 613), a pesar de que, con anterioridad, E.A. Llobregat plantease su datación en el siglo V al relacionarla con la aparecida en la zona de la basílica de *Ilici*, ya citada en este trabajo. Sin embargo, más recientemente, el mismo autor aceptó que estas aras pueden ser de una fecha posterior (Llobregat, 1977b, s/n, 1978, p. 25; 1985, p. 390; 1990, p. 322).

La ubicación de esta clase de mesas litúrgicas, asociadas a ambientes basilicales, suele ser en el presbiterio y santuario, en el interior de ábsides como los aquí comentados, donde estarían sustentadas por un pilar o columna. Ya se ha citado, por ejemplo, el caso de *Ilici*, pues en el interior del ábside de su basílica se encontró *in situ* la basa de una columna de tipo romano, que serviría para esa función de apoyo. Esta misma ubicación y situación pudo darse con la mesa de *Elo*, pues en las excavaciones antiguas apareció una basa de columna, la única de todo el yacimiento que, aunque apareció reutilizada en el interior de una vivienda, bien pudo ser el elemento de apoyo del ara (Poveda, 1988a, p. 133, fig. 58b). En todo caso, su vinculación con el edificio parece evidente, pues en todo el urbanismo conocido en el lugar ninguna otra construcción podría haber albergado soportes arquitectónicos de esta naturaleza. Por otra parte, puede ayudar a sustentar esta idea. Se trata de que la basa de El Monastil tiene una planta octogonal, aunque, al biselarle uno de los vértices, fue transformada en heptagonal (figs. 2 y 3), quizás, para poder aproximarla a otro elemento arquitectónico. Además, presenta una compleja combinación de toros y escocias que le dan un aspecto muy facetado. Todas estas características hacen que sea una pieza única en su género dentro de la arquitectura tardoantigua de la Península Ibérica, donde no encuentra paralelo y menos en la de época romana, que desconoce ese tipo de basa.

No debe ser una casualidad que los únicos paralelos que encontramos se refieran a ambientes religiosos de basílicas bizantinas o de época de la presencia imperial en nuestra Península. En primer lugar, aunque actualmente en paradero desconocido, se tiene noticia de una base de columna octogonal, citada anteriormente, que fue hallada en las excavaciones arqueológicas de la Alcudia de Elche (*Ilici*), realizadas en el año 1954, en la zona contigua a la basílica, hacia su flanco sur (Ramos, 1962, p. 93). También en la Plaza de la Almoina (Valencia), en las excavaciones de su área episcopal, se conoce una basa finamente trabajada que nada tiene que ver con construcciones romanas, que apareció reutili-



Figuras 2 y 3. Basa poligonal con un ángulo biselado.

zada en un muro de época islámica, del siglo X, y que tiene una planta heptagonal³ que parece tener el mismo concepto estético y funcional, de inspiración formal bizantina. Para hacer esta afirmación, nos basamos en la existencia de basas de columna de planta heptagonal u octogonal, en basílicas y edificios religiosos bizantinos de Italia y de Turquía, pre-

3. Agradecemos al Dr. Albert Ribera, del SIAM de Valencia, la información y la documentación facilitada sobre la pieza.



Figura 4. Fragmentos de mármol de un ara sigmática polilobulada.



Figura 5. Fragmentos de cancel/celosía.

cisamente lugares paradigmáticos dentro de la cultura bizantina. Sin ser exhaustivos, hemos podido encontrar un primer paralelo en la Rávena de época de Justiniano, pues en la basílica de San Vitale, del segundo cuarto del siglo VI dC, hallamos columnas que flanquean el presbiterio cuyas basas son octogonales, en las grandes ventanas con tres vanos que se sitúan a ambos lados sobre aquél, las volvemos a encontrar (Palol *et al.*, 1976, p. 85; Spieser, 1981, p. 217). En la basílica de San Juan, en Éfeso, Turquía, construida en el siglo VI por Justiniano, se observa una gran basa octogonal, situada entre una zona absidada y el baptisterio (Pietri, 1981, p. 60). Y como prueba de que este tipo de arquitectura constructiva es típica de lugares bizantinos o con sus influencias culturales, encontramos en épocas más tardías esas mismas características. Así, en San Marcos de Venecia, en un edículo hexagonal del siglo IX, se observa que sus columnas presentan capiteles bizantinos y tienen como basas unas de tipo heptagonal (Palol *et al.*, 1976, p. 128). Como último ejemplo utilizado, traemos otro tardío de Turquía, donde en su ciudad, Afryon, se levantó una lujosa construcción conocida como Ulu Cami, que presenta una sala columnada con basas octogonales (Ziehr, 1978, p. 214-215, 29) y que data de finales del siglo XIII cuando la levantaron los seljúcidas, imperio que estuvo en contacto directo con Bizancio y con el que mantuvo importantes enfrentamientos bélicos.

A tenor de estos paralelos y entendiendo que la basílica de *Elo*, situada en lo alto de El Monastil, se reedificó en el siglo VI con claras influencias mediterráneas, proponemos fechar la basa en el final de este siglo, y su pertenencia al citado edificio religioso.

Por otro lado, su naturaleza religiosa viene también indicada por ser un lugar que acogió enterramientos excepcionales al este del ábside, pues en los años veinte se descubrieron al menos tres enterramientos, dos en sendos sarcófagos monolíticos, citados en la época como «...sarcófagos cristianos del período de la decadencia romana...» (Sempere, 1933, s/n), hoy desaparecidos, y un tercero fabricado en cista, formada por losas planas, que contenía en su interior un esqueleto de adulto (Navarro, 1981, p. 51) con un par de puñales, de los que uno, de forma sinuosa, ha llegado a nuestros días.

Otro hallazgo arquitectónico antiguo e inédito es el de un enorme bloque de piedra de forma prismática (fig. 6), que ha sido vaciado en su interior configurando un depósito cilíndrico,⁴ que pudo

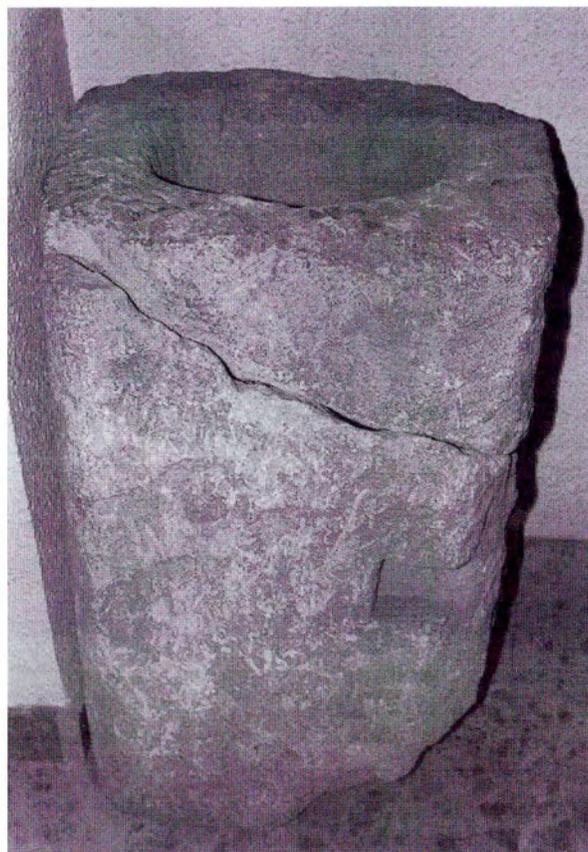


Figura 6. Pileta realizada mediante vaciado de un sillar pismático de piedra.

servir de pileta para contener el agua necesaria para el desarrollo del culto en el interior del edificio. Esta idea se desprende de que en otros lugares han aparecido pilas de ese tipo en alguna estancia de la basílica o iglesia. El caso más próximo lo tenemos en el ya mencionado templo de Juno, en *Ilici*, que cuando se reestructuró en iglesia, a partir del siglo VII, incorporó detrás de su cabecera un par de aquéllas.

También se debe indicar que existen estructuras muy próximas a la Basílica Elotana que tienen una relación directa en cuanto a su técnica constructiva, como ocurre con ciertos muros dispuestos al sur del ábside, e igualmente hay una serie de estancias cuadrangulares al noreste del mismo que parecen ser *tabernae* u *horrea* dependientes del edificio principal religioso.

Finalmente, hay algunos objetos muebles que se relacionarían con el contenido de la basílica. En primer lugar, se conoce la existencia, por un hallazgo de los años 50, de un cáliz de claro uso litúrgico fabricado en «cerámica rojiza», según afirmó quien lo pudo ver, dibujar y describir (Navarro,

4. Objeto inédito que se conserva en el Museo Arqueológico Municipal de Elda.

1981, p. 50 y 59). Pensamos que debe de ser una pieza de «encargo», de cerámica africana Clara D que, aunque no es una forma muy habitual, está documentada por J.H. Hayes, quien recoge en su tipología un copón o cáliz de Clara D, al que le asigna la forma 170, que tendría una cronología entre la segunda mitad del siglo V y los inicios del VI (Hayes, 1972, p. 192, XX). Si bien lo normal es que dichas piezas se fabricasen en metal, sobre todo precioso, su valor de tesoro implicaría que no se abandonarían fácilmente y que frecuentemente fueran fundidas, sin dejar rastro alguno de su existencia. En cambio, las realizadas en cerámica pudieron durar más; sin embargo, la rareza de ser fabricada con este metal ha dado como resultado que tampoco se conserven muchas. Más frecuentes fueron las que se hicieron con vidrio, cuya fragilidad también impide su larga pervivencia; no obstante, conocemos uno de estos objetos, un cáliz de vidrio hallado en las excavaciones realizadas en el antiguo Monasterio de San Vicente de la Roqueta, en Valencia, que tiene una fase de los siglos IV al VI dC (Soriano, 1990, p. 13-16 y 30). La pieza en cuestión es un cáliz de pie alto y nudo central muy semejante al de El Monastil, que ha sido datado en el siglo VI. Por tanto, de las orientaciones cronológicas aportadas por sus paralelos de cerámica y de vidrio, podemos proponer una datación del siglo VI para la gran copa de El Monastil, y su pertenencia al mobiliario de la basílica.

Por último, hay que hacer mención a que, en la parte alta de la ciudad, por tanto con igual ubicación topográfica, se recogieron varios ponderales o *exagia* bizantinos (Poveda, 1991a, p. 614 y 626, lám. 4a,b,c) en las antiguas actividades de eruditos y aficionados, que practicaron rebuscas en el yacimiento. Algunos de estos pesos oficiales de la administración bizantina, también incorporados al sistema visigodo, presentan grabadas letras en griego que indican su valor de unidad, aunque hay otros anepigráficos. Nos interesan los primeros, de los cuales dos son de bronce y uno de plomo (fig. 7). Este último es de flan cuadrado, presenta un crismón y las letras griegas alfa y omega. Probablemente, se trata de un *sextans*. Es un tipo frecuente en Alejandría. Los otros dos de bronce pertenecen al tipo esférico, achaflanado en los extremos del eje, que llevarían incrustadas letras griegas (normalmente de plata) en la cara o extremo superior que, al faltar, han dejado sus huellas en el metal y por ello podemos identificarlas. Así, el peso mayor llevaba las letras lambda y alfa, que son la abreviatura del valor de una libra; en el peso menor, las letras eran omicrón y alfa, indicando que su va-

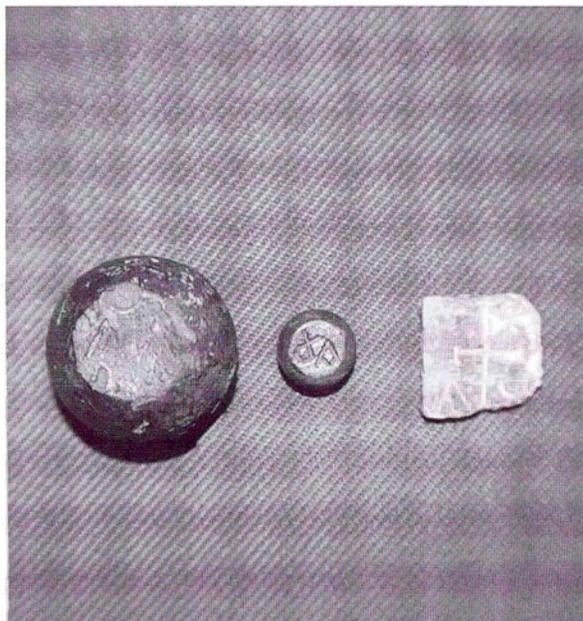


Figura 7. Ponderales bizantinos: los esféricos son de bronce y el cuadrado, de plomo.

lor es el de una uncia. Ambas piezas son frecuentes en todo el Mediterráneo bizantino y en los lugares que entraron en contacto con su imperio. Son objetos importados desde el Mediterráneo oriental en la segunda mitad del siglo VI dC, siendo usados durante toda la centuria siguiente (Palol, 1949).

Los citados *exagia* bizantinos, por su función de pesos oficiales de la administración, solían guardarse en el templo o iglesia principal de la ciudad, desde donde se organizaba la administración local, que en muchos casos servía también de delegación de la estatal. De modo que dichas piezas para el control comercial y fiscal debieron guardarse en el interior de la Basílica de Elo.

El conjunto de datos estudiados sobre las estructuras y cultura material relacionables con dicho edificio, nos han permitido aproximarnos al conocimiento de la evolución histórica del culto cristiano y su arquitectura en el otro enclave urbano tardoantiguo del valle del Vinalopó que, junto a *Ilici*, ilustra bien sobre su introducción y desarrollo.

BIBLIOGRAFÍA

- ESCRIVÁ TORRES, V.; ROSSELLÓ, M.; SORIANO SÁNCHEZ, R., 1987-1988: Altar paleocristiano del área episcopal de Valenci, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, núm.13, p. 333-343.
- GODOY, C., 1995: *Arqueología y liturgia. Iglesias hispánicas (siglos IV al VIII)*, Barcelona.
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, R., 1997: La basílica de Algezares,

- Cuadernos de Patrimonio Histórico-Artístico de Murcia*, I, Murcia.
- HAYES, J. W., *Late Roman Pottery*, London.
- LLOBREGAT CONESA, E. A., 1973: *Teodomiro de Oriola*, Alicante.
- LLOBREGAT CONESA, E. A., 1977a: *La primitiva cristiandat valenciana. Segles IV al VIII*, Valencia.
- LLOBREGAT CONESA, E. A., 1977b: El altar paleocristiano del Monastil, *Alborada*, XXIII, Elda, s/p.
- LLOBREGAT CONESA, E. A., 1978: La antigua sede episcopal ilicitana y sus testimonios arqueológicos, *Festa d'Elig. Homenaje a Pedro Ibarra*, p. 23-28, Elche.
- LLOBREGAT CONESA, E. A., 1980: *Nuestra Historia*, II, p. 140-200, Valencia.
- LLOBREGAT CONESA, E. A., 1981: Un sarcófago cristiano primitivo en Elda, *Alborada*, XXVII, Elda, s/p.
- LLOBREGAT CONESA, E. A., 1985: Las épocas paleocristiana y visigoda, *I Jornadas de Arqueología del País Valenciano. Panorama y Perspectivas (Elche, 1983)*, *Anejos de Lucentum*, p. 383-414, Alicante.
- LLOBREGAT CONESA, E. A., 1990: La cristianización. La época visigoda, *Historia de la ciudad de Alicante. Edad Antigua*, I, p. 313-338, Alicante.
- MATEU I LLOPIS, F., 1956: Sobre la identificación toponímica de «Elota», *Homenaje a Millás Vallicrosa*, II, p. 31-39, Barcelona.
- NAVARRO PASTOR, A., 1981: *Historia de Elda*, I, Alicante.
- NAVARRO POVEDA, C., 1991: La villa romana de Petrer, II, Petrer, p. 13-44, Bitrir.
- PALOL, P. DE., 1949: Ponderales y *exagia* romanobizantinos en España, *Ampurias*, XI, p. 128-150, Barcelona.
- PALOL, P. DE *et al.*, 1976: Edad de Oro del Arte Bizantino, en *Historia del Arte*, III, p. 65-92, Barcelona.
- PIETRI, Ch., 1981: Las iglesias bajo el Imperio cristiano, en *Historia Universal*, II, *Europa, siglos III-X*, p. 56-67, Barcelona.
- POVEDA NAVARRO, A. M., 1988a: *El poblado ibero-romano de "El Monastil" (Elda, Alicante)*, *Introducción Histórico-Arqueológica*, Elda.
- POVEDA NAVARRO, A. M., 1988b: La Sede Episcopal Visigoda de Elo (Elda, Alicante), *Adellum*, 2, p. 20-28, Elda.
- POVEDA NAVARRO, A. M., 1990: El fragmento de tapa de sarcófago paleocristiano de Elda, *Espacio, Tiempo y Forma*, II, 3 (Historia Antigua), p. 259-278.
- POVEDA NAVARRO, A. M., 1991a: La creación de la sede de Elo en la expansión toledana de finales del s. VI en el SE. hispánico, *Actas del XIV Centenario del III Concilio de Toledo (589-1989)*, p. 611-626, Madrid.
- POVEDA NAVARRO, A. M., 1991b: La romanización de las tierras de Petrer, *Festa*, Petrer, s.p.
- POVEDA NAVARRO, A. M., 1992-1993: El territorio del Medio Vinalopó en los ss. V-VII dC, *Alebus*, 2-3, p. 179-194.
- POVEDA NAVARRO, A. M., 1996: El Monastil: del *oppidum* ibérico a la *civitas* hispanorromana de *Ello*, *XXIII Congreso Nacional de Arqueología*, (Elche, 8-11 marzo 1995), I, p. 415-426.
- POVEDA NAVARRO, A. M. (en prensa): La creación de la sede de Elo en la frontera visigodo-bizantina, El espacio religioso y profano en los territorios urbanos de Occidente (ss. V-VII), *Actas de las Jornadas Internacionales La Sede de Elo, 1400 años de su fundación*, Elda.
- RAMALLO ASENSIO, S., 1986: Aspectos arqueológicos y artísticos de la Alta Edad Media, *Historia de Cartagena*, V, p. 122-160.
- RAMOS FOLQUÉS, A., 1962: Excavaciones en La Alcuñia (XI). Campañas de 1953-1955, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, V (1956-1961), p. 91-94, Madrid.
- REYNOLDS, P., 1993: *Settlement and Pottery in the Vinalopó Valley (Alicante, Spain) A.D. 400-700*, BAR International Series, 588, Oxford.
- ROSSELLÓ CREMADES, N., 1990: Casa Colorá, *Excavaciones arqueológicas de salvamento en la Comunidad Valenciana, 1984-1988*, II. *Intervenciones rurales*, p. 60-61, Valencia.
- SEMPERE RICO, A., 1933: Antecedentes remotos de Elda, *Albor*, I, Elda, S.p.
- SORIANO SÁNCHEZ, R., 1990: La arqueología cristiana en la ciudad de Valencia: de la leyenda a la realidad, *Quaderns de difusió Arqueològica*, 1, Valencia.
- SOTOMAYOR MUÑOZ, M., 1988: Sarcófagos paleocristianos en Murcia y zonas limítrofes, *Antigüedad y Cristianismo*, V, p. 165-184, Murcia.
- SPIESER, J. M., 1981: El arte bizantino, de Constantino a la iconoclasia, en *Historia Universal*, II. *Europa, siglos III-X*, p. 215-219, Barcelona.
- TED'A, 1990: *L'amfiteatre romà de Tarragona. La basilica visigòtica i l'església romànica*, 2 vols., *Memòries d'Excavació*, 3, Tarragona.
- ZIEHR, W., 1978: *Esplendor del Mundo Antiguo*, Barcelona.